

Política en el Antropoceno Chileno.

Yuri Carvajal

En el mediodía del 12 de noviembre, en la calle Pedro Montt llegando a Uruguay la policía bloquea la marcha para proteger al Congreso: disparos de balines de goma con densidad Haunsfield de metal, humos lagrimógenos, escudos, hombreras y rodilleras plásticas: de occidente son estos homúnculos incrustados de combustibles fósiles y múltiples explosivos en motores, en armas, en la traza de sus atuendos. Del otro lado, veloces chicos que sumergen las bombas en agua, intentando clarear el aire de la nube tóxica.

A principios de octubre reciente, a pocos metros de allí, el Director del Hospital denunciaba la crisis de suministros provocada por el manejo centralizado desde Tesorería de las cuentas del Hospital. El 2 de octubre el Ministro de Salud pedía públicamente su renuncia. A día de hoy, el establecimiento es dirigido por el mismo equipo directivo y una auditoría ministerial anunciada el viernes 18, debió marcharse del Hospital un día después de su arribo, el 5 de noviembre. Quizás sea el único hospital de Chile verdaderamente EAR.

Los fractales de un Chile quebradizo en dos o tres días, hicieron que un gentío paciente, cabizbajo y apurado, se volviera un pueblo desafiante, parlanchín y entusiasta. Al gentío lo parieron con *rockets* y desaparecidos, lo cabizbajearon con cesantía y precariedad, lo apuraron con tarjetas y malls. De vez en vez de entre el gentío quiso nacer un pueblo. Pero cada intento fue abortado.

En este octubre/noviembre del 2019 las cosas han sido distintas. Y ese acontecimiento político y la crisis de gubernamentalidad en la que nos encontramos, nos obligan a pensar políticamente. Es cierto que en los últimos años hemos dejado de lado el ejercicio político, la reflexión política y el estudio de lo político. De entre los ciudadanos, los salubristas quizás pagamos más caro ese abandono. Porque ay! de quien olvida la política en estos días.

Para hablar de esa durísima ausencia de política y de pueblo, inventamos un nombre horrible: políticas públicas. Usándola, renunciamos a conocer y cultivar la especificidad de lo político. Creímos en la economía o más exactamente, en la microeconomía, como un *kybernes* capaz de autogobernar la vida, un autómatas semi divino, que equilibrando el brazo oferta con el brazo demanda, daba soluciones siempre óptimas. No tuvimos igual devoción, cultivo, respeto o vocación por lo político. Al contrario, lo pusimos en las manos menos preparadas, autoritarias y pedantes. Algo parecido a como cuando entregamos la espiritualidad a las religiones.

Pero los tiempos nos devuelven con urgencia la necesidad de interesarnos en la particularidad de lo político y en su relevancia, en aquello que la economía no resuelve, y que más bien daña.

Las dos cuestiones más quemantes de este acontecimiento de octubre/noviembre, masivo, inédito, plural, sin partidos ni patológicos líderes, tienen que ver con:

a) la inmensa agencia de las personas cuando dejan su mundo privado y se afanan en lo público. Se lo ha comparado al despertar, a una súbita visibilidad, a un nuevo sentido común que irrumpe. Algo que nos devuelve una confianza en el poder como aquello que surge de la acción y no como una cosa que alguien puede o no, tener, y

b) la incapacidad en ciertos lugares e instituciones, especialmente de aquellos cuya ocupación es la política, para entender y dar una salida organizada al acontecimiento.

Respecto de a), me parece que los sucesos de octubre/noviembre demueven toda interpretación economicista o social (incluyendo aquí teorías de clases sociales) de la política, para abrirnos a una visión de construcción de colectivos, de inmanencia, de cosmopolíticas. Para volver a dar vida a una valoración de la política como ejercicio abierto, corporal y dialógico, presencial y vivo, carente de esencialidades y con un creciente involucramiento con agentes (actantes) no humanos como las aguas, los aires, otros seres vivos. Una política en el nuevo régimen climático, cuyo origen no es este año, sino claramente el siglo XX con su gran salto adelante.

Respecto de b), esto recuerda que debemos pensar, laboriosamente pensar, con nuestros propias

capacidades (entre ellas, la de leer por supuesto a Foucault, a la Arendt, a Deleuze y a Latour) y no esperar ser conducidos por la experticia de los hoy pasmosamente inexpertos. Una dimensión crucial para entender lo que hoy sucede no es sólo usar ojos antropocénicos para mirar el presente, sino para revisar la dictadura y su pesada herencia, pero también la Unidad Popular y el desarrollismo. Si como ha señalado el Instituto Milenio de Oceanografía “No hay dos crisis, hay una sola y es socio ambiental”, también hay una misma génesis socio ambiental de esta crisis.

5 argumentos sustentan esta terrenalidad de las crisis:

1. La respuesta juvenil respondió a un alza en los transportes. Las energías abusadas como drogas, han subido de precio. Pero además han terminado por recalentar el planeta. Veníamos de la crisis de SO₂ de Ventanas: 2018 y 2019, además de varamientos de carbón, suelos contaminados, metales pesados, termoeléctricas y de una masiva marcha el viernes 27 de septiembre. La condición planetaria hoy es el más importante problema común que encaramos y requiere un abordaje político. Desde un punto de vista de largo plazo, es imperioso escuchar lo que nos señala la historia ambiental como análisis de una larga y prolongada crisis de occidente.
2. La gravedad de la emergencia climática durante este 2019 ha tomado un curso veloz: el rol de Greta, la COP25, las expresiones cotidianas y la voz de los investigadores. La semana pasada 11258 científicos publicaron *World Scientists' Warning of a Climate Emergency*, un pequeño manifiesto de menos de 2000 palabras, contiene un análisis muy sencillo de la emergencia climática: No se trata sólo de un problema de temperatura terrestre media, sino de una amplia variedad de ámbitos planetarios y una serie de parámetros afectados. El artículo incluye dos series de gráficos dramáticos. Las iniciativas desarrolladas hasta hoy: Ginebra 1979, Río 1992, Kioto 1997, París 2015, han sido desatendidas y los ritmos de la crisis son más veloces que lo predicho. Seis áreas de trabajo deben ser imperativamente abordadas: economía, naturaleza, alimentación, población, contaminantes de vida media corta y energía.
3. En las manifestaciones de estos días la presencia de una voz ambiental es significativa: veganos y animalistas, la voz de las zonas críticas, la inquietud por el agua privada, glaciares, mineras.
4. Los saberes oficiales --los saberes excluidos saben mucho más de esto-- recién despiertan a formas transversales de mirar esta crisis. No he escuchado a ninguna autoridad política considerar en el análisis político y en el debate acerca de las instituciones fundamentales, formas políticas de incluir agua, aire, suelo, biodiversidad como agentes. Hasta ahora hemos creído poder gestionar el medio ambiente. El fracaso está aquí frente a nuestras narices. Sabemos poco de la tierra y mucho menos acerca de cómo saber de la tierra.
5. Las categorías de análisis modernas han sido pobres para comprender el presente. La ilusoria división social/natural, que marcó la modernidad ha colapsado. La política ya no es un asunto sólo de humanos. Estamos como siempre estuvimos en una cosmopolítica.

En salud pública lo que a) debiera señalarnos, es que necesitamos incluir antropoceno como uno de nuestros objetos principales de análisis, estudio e investigación. Si bien tenemos una larga tradición de preocupaciones ambientalistas y de salud ambiental como una cuestión de salud pública, me parece que debemos reconocer que hoy la cuestión planetaria, y el antropoceno como tal, han tomado una relevancia central, volviéndose un ordenador primordial de nuestras prioridades.

Y del lado de este mismo régimen climático, reconocer que estamos en medio de una gigantesca transmutación de valores, que colisiona con aquellos que animan a las instituciones oficiales. No más secreto, no más mentiras, no más egoísmo, no más miedo. Un sentimiento igualitario que choca con la vida segregada de las agencias, pero que además sostiene que los problemas son comunes y que deben ser abordados de manera colectiva. Lo que ha fallado es el patriarcalismo, el economicismo, el excepcionalismo humano, el darwinismo social, la deslocalización.

De la veracidad de esta afirmación se desprende el porvenir. Ninguno de esos disvalores (no en vano la economía ha sido llamada una *dismal science*) puede restaurarse porque han sido erosionados. Un nuevo sentido común ha nacido, con hondas raíces biológicas, pero esencialmente político, convivial, ha despertado. Lo vivo, lo ecológico, la acción, ha sustituido a las representaciones maquínicas, termodinámicas o mecánicas de la vida y de la política.

El porvenir será más complejo, más poblado, más proliferado, más diverso. No es posible una asamblea constituyente homogénea, sino una más bien heterogénea, plurinacional, con paridad de género y que de cabida al agua, aire, suelo y biodiversidad como actividad política.

En esta sacudida de valores, la salud pública es una convocada especial. Somos el único sector productivo de Chile en manos públicas. Por lo mismo, un conjunto de instituciones con el alma fracturada entre los valores oficiales de la economía y los valores de lo viviente: competencia versus solidaridad, secretismo versus transparencia, economía versus biología, antropocentrismo versus ecología.

Algo de esto me parece que se expresa con crudeza en la cuestión del trato, pues señala tensiones valóricas que cruzan al sector público de salud. Se busca un trato digno en medio de la escasez, el autoritarismo, la impersonalidad. Hay ganas de tratar y tratarse de otro modo en medio de las decisiones autoritarias nacidas de un algoritmo.

Reconocida esa tensión, el sector público de salud podría ser un lugar de arranque de políticas apoyadas en estos nuevos valores, que ayuden a movernos en la dirección de la solidaridad, la colaboración, la dignidad. La transmutación de valores desde la economía hacia lo viviente puede encontrar en el sector público de salud un sitio de proliferación privilegiado.

Tres graves enfermedades han minado a la salud pública: fragmentación, privatización y economización. El pensamiento salubrista ha sido copado por el dogma económico, las profesiones, los equipos, los territorios han sido parcelados, segados en diálogo, desmoralizados en solidaridad. Más del 50 % del presupuesto de los hospitales públicos es compra a privados: GES, Ley de Urgencias, GRD no son nombres elegantes de una sangría cruel.

Una constitución termoindustrial ha muerto. Como un ídolo cruel lo ha hecho en medio de un ritual sacrificial de vida y órganos. La economía no es un aspecto aparte de los colectivos, sino una construcción armada desde la política. Sin la constitución del 80 el modelo chileno se revela como una frágil armazón. En esta dislocación económica causada por la crisis política, al menos volvemos a habitar América, a compartir nuestras estrecheces, a una modesta austeridad india.

No sólo como salubristas, sino como médicos ciudadanos podemos ayudar a salir del sino trágico. La práctica de una medicina cada vez más colectiva y deliberativa nos permite hablar en este debate político enfatizando el aspecto democrático y deliberativo del mundo. Necesitamos legos y expertos en la convención constituyente, mas ninguno de los curules actuales o recientes.

Nuestra profesión necesita realizar su propia asamblea, un congreso para ordenar una presencia en el debate constituyente. Es urgente convocar a un encuentro de los médicos y luego de las profesiones de la salud, para poder ser parte de una asamblea constituyente.

Pero sectorialmente también debemos pronunciarnos sobre la fragmentación institucional de la salud, sobre el desfinanciamiento crónico, sobre el olvido de la reflexión de salud sustituida por las reglas micro-económicas y el abandono de nuestros deberes ambientales.